

Lonchamos (perdón Peñita, pero lo volveré á hacer) y salimos á pie para el barrio criollo, en compañía del buen Gutiérrez Zamora á quien entregué una carta que, por su delicada amabilidad, llevaba desde la primera línea la firma del Sr. Mariscal. Entramos en la catedral, vetusta, insignificante, fea; las naves laterales están cortadas en su parte superior por grandes galerías ó tribunas; algunas pinturas bastante malas; dos viejas mulatas rezan devotamente junto á la reja que cierra el ábside. Por fuera una fachada vulgar rematada por dos torres piramidales.

Salimos al parque Jackson; me acerqué con viva curiosidad al bronce ecuestre que le sirve de centro, la estatua de Andrés Jackson. New-Orleans debe la vida á este hombre; en 1815 la salvó de los ingleses que la amenazaban, y la salvó de él mismo, porque cuentan que estaba resuelto, en caso de derrota, á reducir la ciudad á cenizas antes que dejarla en poder del enemigo; enérgico, iracundo y brutal como era, habría ejecutado su propósito. Y de mucho más era capaz el bilioso magistrado duelista del Tennessee, el rabioso exterminador de los indios del Sudeste americano, el soldadón sin escrúpulos, que es, seguramente, el más notable hombre de guerra que presenta la historia de los Estados Unidos, á la par de Sherman y Lee, y el temperamento de soldado más radical que la más turbia, pero la más exaltada de las popularidades, haya sentado en la silla presidencial de Jorge Washington y del impecable repúblico J. Q. Adams. Solo Jackson y Ulises Grant, han seguido siendo soldados aun en la presidencia; Washington, Tylor, no fueron más que ciudadanos.

New-Orleans ha hecho bien en cobijar con su manto azul maculado de humo, á los dos irreconciliables enemigos, al soberano orador Clay y al semi-césar Andrew Jackson. ¡Y pensar que si Clay hubiera ganado al general la presidencia, nuestros negocios con los vecinos habrían tomado mejor y más cristiano y honrado camino, y que probablemente hubiéramos economizado la guerra que hace medio siglo nos dilaceró y nos mutiló!

Esa presidencia de Jackson costó mucho; en su tiempo quedó planteada y formulada por el fanatismo elocuente y sombrío de Calhoun, la cuestión de *los derechos de los Estados* que había de resolverse á sangre y fuego en la guerra de Secesión; en su tiempo se inauguró el *sistema de despojos*, que ha convertido las luchas electorales en combates por los empleos, que ha convertido á la democracia americana en un ejército mandado por los *politicians*; á ese sistema debe su impopularidad la honradez de Mr. Cleveland, el valeroso presidente que reobró contra él y contra la política de corrupción y de injusticia que entraña. No importa; esta democracia, no presentará, sino muy de paso, el horrendo espectáculo de una democracia esclava; hay en ella fuerzas formidables almacenadas que la salvarán en caso de peligro; un glóbulo de sangre de los viejos padres peregrinos de la *Flor de Mayo*, basta para encender en el corazón del último yankee el amor indómito y sagrado de la libertad.

Nada de esto me decía la vulgar é inexpresiva fisonomía de la estatua del general Jackson. . . . y seguimos. Feo barrio éste; en el centro de las calles apenas corre el negro y mal oliente arroyo, oculto por basuras, papeles, restos de barricadas; las casas cubiertas de yeso, descascaradas, ennegrecidas; el teatro de la Opera francesa, galerón que se abre sobre un pórtico de pilas-tras cuadradas, blanco, embadurnado de humo, es ignominioso. Mas no sé qué olor de viejo, de historia, de costumbres crueles, pero pintorescas de dueños de esclavos, reina allí y encanta; y luego los nombres de las calles: *rue Bourbon*, *rue Conti* hacen un efecto dulce y melancólico sobre el espíritu y remueven la arquilla de los recuerdos.

¿Habéis leído alguna de esas delicadas novelillas luisianasas de Jorge Cable? Allí pasan, con las timideces de las razas aristocráticas y los estupores de la elegancia caballeresca ante las brutalidades de la civilización del carbón y del fierro, algunas mujeres de la antigua sociedad criolla y francesa de esta comarca. Todavía hay representantes de ella aquí; entramos en una casita modesta y confortable, y el amigo que nos acompañaba, nos

presentó á su esposa. Era una joven madre ligeramente opulenta de formas, pero tan elegante bajo la ondulación rítmica de su vestido de muselina; era la suya una encarnación láctea y rosada tan muelle, tan fina, con tan delicadas veladuras de ámbar sobre la sedosa tez; tan característico el peinado recogido en lo alto de la cabeza en una apretada diadema de tonos dorados, como los tocados de principios del siglo, y el francés que hablaba, ligeramente arcaico, tenía modulaciones tropicales de música tan marfilina y suave, que nos figurábamos que la francesita de Luisiana se había escapado de un paisaje de abanico de raso de los que usaban las lindas damas del primer imperio y que conservan todavía, en sus pliegues levemente marchitos, el divino perfume de las flores muertas. ¿Ibamos á oír de sus labios la llorosa protesta de las criollas de Nueva Orleans contra la infame venta de la Luisiana á los Estados Unidos? No; mi patria, nos decía, es los Estados Unidos y México.

\*

Más tarde hicimos el viaje á la *levée* acompañados de un joven mexicano muy listo y muy amable, hermano de nuestro excelente amigo Prida el Director del *Universal*. Las calles que llevan á *Crescent City* (la ciudad media-luna), son animadísimas, incesantemente surcadas de tramways, de carros y carretones, bordadas de grandes casas, enormes cubos de piedra gris ó roja, perforados de centenares de ventanas, como el *Correo*, la *Aduana*, la Refinería de azúcar; el Correo es majestuoso, con sus cuatro pórticos y su aire severo; de una ventana de este edificio hizo colgar el proconsul Butler á un energúmeno borracho que había arrastrado la bandera de la Unión por las calles de la ciudad, después que la hubo obligado á capitular el heroico Farragut en 1862.

Llegamos á la *levée*, inmenso dique de tres ó más millas, en forma de arco y cuajado de muelles, que defiende á la ciudad de los caprichos del *padre de las aguas*, del viejo Meschacebe. Colocados en uno de tantos muelles, en medio de un verdade-

ro laberinto humano, tratamos de ver: arriba una nube espesa que se nos metía por las vías respiratorias en forma de moléculas de carbón, producto del aliento de las chimeneas de los vapores que llegaban y salían; primera nube negra. Otra abajo; ésta la componían algunos centenares de negros y mulatos que gritaban, juraban y saltaban como gorrillas en asueto, yendo y viniendo de los muelles á los vapores por medio de puentes volantes de tablonés, con fardos y carretillas, haciendo un ruido diabólico; le faltó al Dante, para un cuadro al carbón de los que componen su galería infernal, una visita á *Crescent City*.—Entre esas dos nubes negras había una faja clara que permitía ver en último término la opuesta orilla cubierta de casitas (todas iguales) y de fábricas humeando; de esa orilla se desprenden los *ferrys*, cargados de coches, caballos y pasajeros. El río describe frente á nosotros su espléndida media luna (de donde el nombre de *Crescent City*). El Mississippi, el río más grande del mundo (4,300 millas agregándole su tributario el Missouri) tiene la particularidad de irse angostando á medida que se acerca á su Delta. El capitán Marryatt le ha dado el nombre de *cloaca máxima*, por la prodigiosa cantidad de lodo que arrastra (más de cuatrocientos millones de toneladas, depositadas cada año en el Golfo de México). Así, entre estrechos y tortuosos canales y pantanos, sale al mar, y algún día llegará al canal de Yucatán y dejará convertida en una charca gigantesca la parte occidental del Golfo; si esta fuera la solución de la cuestión cubana, habría que esperar un poco, unos millones de años tal vez.

Los steamers blancos, de dos ó tres pisos de camarotes y puentes, que remontan el río, recogen sus pasajeros al son de la campana, izan sus banderas y parten describiendo una airosa curva. ¡Y pensar que esta inmensa arteria de la circulación mercantil del planeta, descubierta por Soto en 1542, no fué explorada por La Salle hasta las postrimerías del siglo XVII, y que no ha sido empleada en el tráfico mercantil hasta después que Napoleón

vendió la Luisiana á los norteamericanos en 1803, en ochenta millones de francos!

El día siguiente lo empleamos en visitar al *maire* de la ciudad, hombre excelente y campechano; en dejarnos reportear por un amable muchacho de Mazatlán, redactor del *Picayune*; en hablar mal de los irlandeses y de los negros que se disputan la riqueza y el trabajo en la reina del Mississippi y en vagar...

Al obscurecer del día tres de Octubre, partimos.



### A NEW-YORK POR ATLANTA

**A**PRETONES de manos, sinceros y cariñosos *hasta luego*, campanadas, humo, y vamos ya á todo escape; el arco de la *levée* se dibuja en la noche por la inmensa guirnalda de los faros eléctricos que el río reproduce y deshace en temblores diamantinos. Los *ferrys* continúan su tráfico y cuajados de farolillos, parecen góndolas colosales balanceándose sobre el Mississippi que duerme con una respiración de niño.—Calor sofocante, enfermador, africano, capaz, si durase, de convertirlo á uno en negro; y ese calor pegado á las alfombras, á los terciopelos, á las sedas del *sleeping car*, es desesperante. Salimos al balcón de nuestro carro, que era el último de una larga serie, y corrimos las cortinillas: un hombre estaba escondido en la escalerilla; el conductor nos dijo que estos viajeros clandestinos suelen establecerse en los techos y aun abajo en los *truks* de los carros; aquel incógnito dió un brinco y se puso en salvo en la vía.—Una nube de polvo arenoso nos hizo entrar; los dobles cristales de las ventanillas apenas guarecían el interior del dormitorio: una hora duró aquel tormento; pudimos entonces observar la negra y